



PARROQUIA BEATA MARÍA DE ESÚS AÑO DE LA FE

**Para vivir el Año de la Fe
(Circular núm. 8, mayo 2013)**

La Virgen, Madre del Redentor:

Es lógico que durante este mes de mayo, centremos nuestra atención, en esta pequeña reflexión, en la figura protagonista del mes, la Virgen, Santa María. Lo hacemos teniendo de fondo, lo que el documento del Vaticano II, sobre la Iglesia, recoge en su cap. 8, dedicado a nuestra Madre (n. 53 a 65).

En él encontramos, con brevedad y precisión toda una doctrina mariológica de hondo sabor teórico y práctico. No se queda sólo en reconocer los datos bíblicos que nos muestran su presencia, en las páginas del Antiguo y Nuevo Testamento, sino que va más allá. Así desde los primeros párrafos, vincula a nuestra Madre, con la realidad de la vida trinitaria. Se dirige a Santa María, como “*la Madre de Dios Redentor*”, la “*Hija predilecta de Dios Padre*” y también “*Sagrario del Espíritu Santo*”. La grandeza de la Virgen, arranca, pues, de esa familiaridad singular que posee con la Santísima Trinidad, y poco más adelante añade que supera “*por su gracia todas las criaturas celestiales y de la tierra*”, aquello que los clásicos acuñaron: “*más que tú, solo Dios*”. Una mujer, apenas una doncella, nacida en Nazareth, desposada con un varón, trabajador manual, José, es reconocida, por la Iglesia del s. XX, con un lugar privilegiado en la historia de la salvación.

Ciertamente, el primer don que recibe, por parte de Dios, la constituye en: “*Madre de Dios, la toda santa e inmune de toda mancha de pecado y como plasmada por el Espíritu Santo*”, ya que es “*enriquecida desde el primer instante de su concepción*”, haciendo realidad lo que la llamará el Ángel Gabriel: “*llena de gracia*”. Pero a este don divino, María, no es simple receptora, pues colabora de una forma activa y libre, de modo que los Padres de la Iglesia, puedan decir: “*obedeciendo fue causa de su salvación propia y de la de todo el género humano*”.

Está presente en toda la obra redentora, desde la concepción virginal de Cristo, hasta su muerte en la Cruz. Después continuará, con su presencia y oración, la tarea maternal en la primera comunidad cristiana, esperando junto con los Apóstoles, la llegada del Espíritu Santo y estando a su lado, mostrando su compañía y ayuda en la inicial evangelización.

En María encontramos, un camino a seguir. Ella es *modelo fe*, al saber abandonar sus planes y ponerse al servicio de los de Dios; *modelo de esperanza*, conoce de una forma especial y vive con añoranza, la llegada del tercer día cuando su Hijo muerto, resucitará glorioso. También, resulta *modelo de caridad*: su grandeza no le hace olvidar, la dimensión humana, mujer atenta a las necesidades, ello nos lo muestra en Ain Karim, con su prima Isabel, asistiéndola en los meses previos al nacimiento del Bautista y luego, sacando, a los jóvenes novios de Caná, del apuro de no tener el vino necesario para su fiesta.

Por todo ello, el Concilio nos anima a dirigirnos a María como “*Abogada*”, “*Mediadora*”, “*Auxiliadora*”, “*socorro*”, nuestra “*Madre en el orden de la gracia*”, etc. Será especialmente declarada, en la asamblea conciliar, como “*MADRE DE LA IGLESIA*”, por ser Madre de Cristo, cabeza, primogénito de los hijos de Dios, lo es también de todos los bautizados, unidos como hermanos al Señor.

Como consecuencia, es menester mostrarle nuestro agradecimiento y correspondencia. Para ello deben brotar de nuestros labios, algunas oraciones diarias, por la mañana y por la noche; hacerle presente nuestras peticiones de ayuda; no pueden faltar los saludos a sus imágenes, cuadros, etc. La presencia cercana a nuestro corazón de sus estampas, que nos acompañan en nuestra vida, son una demostración más de su reconocimiento. Y sabemos que le agradan, como a toda mujer, nuestras visitas y peregrinaciones a los santuarios y ermitas dedicados a Ella. Buena ocasión es el Mes de Mayo, que estamos celebrando, en el marco de nuestro año de la Fe, para poner a la Virgen, más en el centro de nuestra vida: “**Por María a Jesús**”.